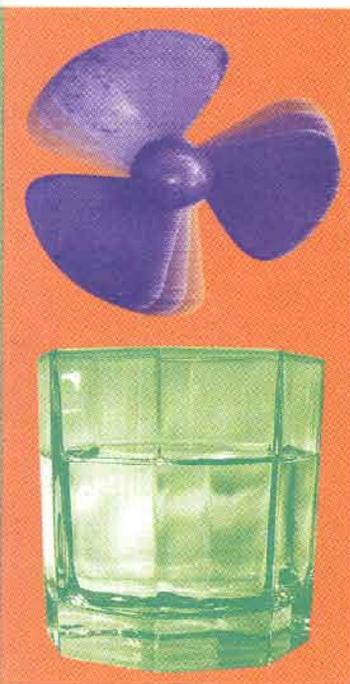
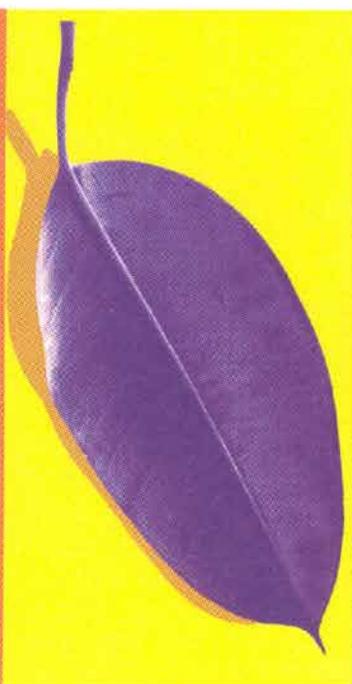


CARLOS LÓPEZ BELTRÁN

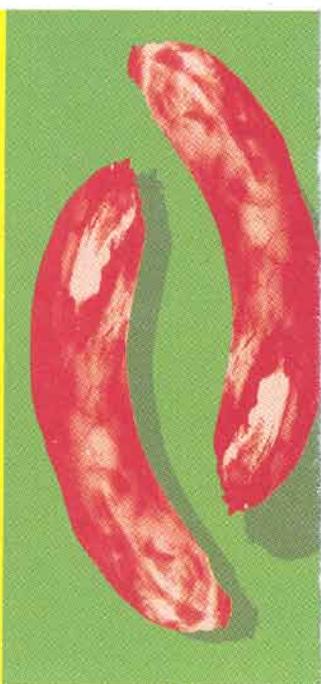
LAS COSAS NO NATURALES



el aire y el agua



los alimentos



las excreciones retenidas

COLECCIÓN TRISTÁN LECOQ

*Las cosas no naturales son seis.
El sueño,
la vigilia,
las pasiones del alma,
el aire y el agua,
los alimentos
y las excreciones retenidas.*

Antoine Louis
Sur les Maladies Héritaires
1847

*O my sister remember the stars the tears the trains
The woods in spring the leaves the scented lanes.*

Theodore Roethke

HERMANA

Sueltas ya niña tus abrazos de aire
hacia el vestido de la noche, tuerces
levemente los codos y caminas...
Yo te miro y te sigo a la distancia.
El roce incendia el fósforo y refulgen
los abanicos de la tempestad.
Flama que nos delinea y en el lino
y el tergal de la infancia reverberan
los ámbitos antilopes de aquellas
mañanas verdes en Minatitlán,
esa esbelta tronera en que desfilan
cirros de tres colores, agua en trenzas
que limpia el pardo mapa de París,
y los paseos a oscuras por la calle
atareada de chaneques y pandillas,
letras de rocanrol frente al crepúsculo
palpitante de la refinería,
el cardillo que destempló tu mirada
en el instante cruel de la fractura.

Hermana:

Gravitaste salvaje como un sol,
o liviana como un halcón silvestre.

Eras hermana Homero al conjurarnos.

Su Agamenón eras en furia, y eras
la corredora de aire que pasaba

con los brazos en cruz arando aromas...

Bajo el peso truhán de los instantes

que nos van separando (catedral

de silencios) aún te persigo, ama

de los hartazgos, inventora, fiel

ariete libre ante la mansedumbre.

Las órbitas del sueño se interrumpen

y no reviven sino en la música mirada

con que volteas, sonrías, antes de hundirte

de nuevo hacia los cuartos amarillos

en que ancianos sajones nos aguardan

e impasibles custodian la niñez.

DOMINGO

Llega el domingo y nos conduce al empedrado
donde el abuelo, un expiloto aventurero,
nos espera en chaleco. Alto y moreno,
embiste, asombra, engarza a estos tres niños
y con ráfagas de aspas nos eleva a
la carreta de ruedas tembeleques
que marchan al revés encaminadas
sobre el cristal de la panadería
a astillarnos los ojos de ilusión.
Por el esmalte frío que recubre
los espacios azules, una yema
de seda, vestigial: un sol echado
abierto a serenar sobre las azoteas.
Alcanfor es el aire que humedecen
los bostezos de charcos rezagados
entre bardas volcánicas que encierran
el frontón de burbujas de los autos;
armaduras de las que escapan, airosos,
a andar, a platicar, los ciudadanos
rostros de los domingos: asteriscos,
carambola de pausas, movimiento
de mascadas en flor en las aceras.
No hay jinetes gallardos sino obreros,
acicalados, firmes, cejjuntos;
señoras de ajado luto, un policía
bruñido de sudor...

Tomamos vuelo

con la pendiente en la avenida de los sauces
para tentar algún columpio a que nos siembre
bajo el ombligo la semilla de la euforia.

Preñados ya de juego el tren comienza:
calcomanía mi nariz en la ventana,
la pecera de luz abre su fondo;
se doblan árboles en caravanas
y los semáforos espías hacen guiños
que corroboran su complicidad.

Cada dalia un destello en los balcones,
cataratas de cera las enredaderas,
y su morada espuma bugambilias.

Mi hermano siempre atrás y bocarriba,
descifra la brocheta de los pájaros
o abre el regalo inmenso, azul, cruzado
por dos listones blancos ("propulsión
a chorro" el abuelo explica y ruge
mientras jala el volante y cobra vuelo
reviviendo un mediodía ante Carranza:
looping the loop, descenso en espiral,
bufanda en la fugada...).

Catequista,

es mi hermana feliz cuando en los barrios
la gente se echa la mano los domingos:
la luna cuelga de una cuerda, asciende
hasta un séptimo piso en plena Roma
alegre y decadente y de los sótanos,
saraguatos que van de mano a mano
con el lodo del último chubasco,
las cubetas. En las esquinas, futbolistas,
panza al desnudo o en sudadas camisetas,
flotan de labio a labio el ámbar brillo
de gigantes botellas, entre risas.

Nidos en los sonidos que cortejan
el tranvía en que viajamos; colibríes
sobre la flor de un claxon, o cigüeñas
patonas y enormes en la llamada a misa.
El blitz de una consola da la pauta
al organillo entre los dientes y los dedos
del abuelo y desanuda el escenario
donde un bufón y dos malabaristas
entre náufragos racimos nos regalan
esa efusión que llamaremos alegría...
En silencio, entre mástiles, el buque

toca puerto en la plaza y el abuelo,
campamocha de brazos algorítmicos,
nos descarga en tres trazos y se marcha
pisando firme hacia las mesas de ajedrez.
Firma así el decreto de nuestra libertad...
¡Es domingo y el sol hace un tobogán
por el que viajan los gritos, en tribu,
flacos de los merolicos! ¡Domingo
y el viento avienta sus caballos
a relinchar sobre las copas de los árboles!
¡Domingo en la explosión y la cascada
naranja y dulce del aliento de las flores!
Laico domingo en que se vuelven los volcanes
pródigos gemelos que restauran el friso
de laderas y pinos con su lejía de luz.
Somos venados que maduran, vagabundos,
con resplandores las ciruelas de sus ojos...
En la fuente es el reencuentro y el abuelo
llena de agua los cuencos de sus manos
y nos da de beber...

Lo salpicamos
como busca, y sabemos que su risa
rasposa y su desmesurado manoteo
son el anuncio que el domingo ha terminado.
El día se irguió por la avenida de los sauces;
se va apagando por la de los cementerios.

A M I G O S

Jesucristo una condena y el alcohol
la piedra en que afilamos nuestros sueños.
Miedo que adormecimos con pequeños
retos que no aceptaron descontrol,
sino cruda ironía y un feroz
desdén por la cadencia de los días
monótona, procaz... Mar de averías,
lejos de los promedios, nuestra voz
coqueteó con el mal y lo violento,
echándonos a andar atardeceres
sobre el frágil vitral del desaliento.
Vimos venir la aurora entre talleres
y olas de zinc. Juramos contra el viento
viudos de religión y aún sin mujeres.

PARA BANDA Y TORMENTA

Tordos en la techumbre de la plaza
enfiebridos nos despiertan
con anuncio de infierno y turbación.
Plomo en las telas parpadeantes
que escoltran el letargo amanecer.
Verdiblanco el rumor de la hojarasca
que las rachas remueven. Ateridos
en un fraseo deseoso nos reunimos,
usamos como bálsamo el oleaje
imberbe, límpido de Dylan.
Se cimbra el aire y se envenenan
de cobre y ansiedad los paladares.
Llueve. Se comba el toldo que nos cubre.
Nuestros cuerpos morenos y amagados
brotan de la mezcilla y entre ráfagas
y truenos se deslizan a la danza.
Sólida trenza, incesto, nuestro abrazo:
entre crines de arrebató somos sólo
la embalada veleta de la duda.
Tersos resurgen nuestros corazones,
con una tibia sensación de lagos.
Remos y pausas rigen la batalla.
Remos que abren estelas. Pausas
como el azoro o la escasez de bríos.
Y al fin reina ese nítido armisticio
que llamamos agüero...

MEMORIA

Persigo entre viejos diarios lo que entrampó el papel.
Tanta elusiva furia que se acentuó en la prisa.
Nuestro trono tumbado sobre el que caen monedas.
El rodaballo en lágrimas. Persigo el temblor
en el arete izquierdo de quien abrió una puerta
y era la última...
Entre fechas y vocablos huecos el estrago
luminoso, inseguro, de tus apariciones;
esa infancia que es leña y nos mantiene tibios...

Cien gacelas de luz.

Un silo hirviente de granadas.

Un pastizal acordonado por la lluvia...

Sobre el papel tu rastro es manada inestable,
fugaz como el azogue en la memoria. Un vaso
sobre una mesa bien puesta bajo un árbol, dejas.

*Are ye true substance? Are ye anything
Except delusive shows and physical points
Endowed with some repulsive potency?*

Alfred Tennyson

T O L V A N E R A

Todo lo que rozo es polvo y sin embargo
un penacho de risa cobra vuelo
en los andenes donde se para un tren;
red de cristal que asciende en remolinos.

Todo lo que se suma es gris, cadena
y óxido que nutren un cordel de dolor
en los confines morenos de la luz
y bordan este alcatraz de sensaciones...

Todo lo que veo es sequedad y desmoronamiento
mas cuando los amigos se acodan en mi mesa
y una flama nos delinea con avisos de muerte,
entre las sillas oscilantes y los tintineos
nuestros nahuales alados se confunden.

Todo lo que nombro es luz y gira
aunque sea lengua deseo jabali llanura
acero estroboscopio indignación
es mueca astuta de la voz, es nada.

Todo lo que me roza es tierra que ha pateado
un dios malhumorado y tonto.

*Thy firmness makes my circle just,
and makes me end where I began.*

John Donne

CUERPO Y MIRADA

Cada cuerpo es el sueño
de su invidente masa;
vocación de escapar,
detener la caída,
de adorar otra luz,
la de la propia, interna
densidad...

Nace de lluvia, caracol
de talco, arena sobre soplo
que hace surco y hebra,
despeinado sonido
que se vicia y es viento
el motivo: ser cuerpo.

Embrión que abre raíces
en un sitio sin partes
al que sin ojos miras
(Ver hacia adentro: al fondo,
como ver hacia afuera: la piel
intestinal del animal
en que se viaja,
para el ciego es lo mismo)

en un sitio sin partes
al que la mota de polvo,
el grumo y su brillo, cae.
Y el deseo es altar,
altamar el llamado,
de peces y ámbar.

Muda la lluvia su espiral,
tacto de talco: el polvo
exige y ama su confusión
cuando empieza a ser piel;
el grumo a ser granizo,
granada que abre ríos y nubes
y vientos y religiones
más puras para el átomo
que el reclamo de su madresol
que traiciona no echándose a rodar...

Cada cuerpo es una nube
que la mirada integra
y labra: es ceguera anegada.

EL FARO

El farero en lo alto de la neblina enfoca
la columna de ensueño sobre el cristal de roca
interior de una vela, corredor sin arista
que ante el riego revela su procesión autista.
Surtidor su entrecejo y su memoria aljibe;
nutre el remanso de haces donde su anhelo vive.

En el faro la comba pide formas orondas.
La mujer del farero cuidadosa en sus rondas,
con el tacto de un ciego y un instinto esquimal,
acomoda la casa en una esbelta espiral.
Y si pierde el sendero se acurruca a escuchar
extraviados cencerros, imaginando el mar.

En el faro dos niños como dos aviadores
rizan risas subiendo y al bajar forjan flores
espirógrafas de humo sobre el fiel barandal,
y aterrizan boqueando su aburrición fatal.
Dos estrellas gemelas que gravitan, lacónicas,
en engastadas pistas de curvaturas cónicas.

En el faro la vida tiene el límite duro
apandado, infinito, intestinal del muro.
La mujer, sus dos niños, no lo saben de cierto;
si hay afuera del faro y si estará desierto.
Quieren leer la mirada del farero, si baja,
o descifrar los ruidos de la oculta sonaja.

Se levanta el farero y al bajar cien peldaños
va estelando de sueño la soledad, los años.
El farero: una araña que se envuelve a si misma;
caracol que hacia el centro de su enredo se abisma.
En el fondo del faro el farero se tumba
a mesar el oleaje, a secretar su tumba.

EL AIRE Y EL AGUA

Teoría de la

presión

del

vacío

del

agua

del

aire

CHARLOTTE MACKENZIE

¡Alba!
Te abrevamos
para curtir
en oro
nuestros labios
agrietados
de estupor
y de sueño.
Los brillos
sobre el rocío
brisado
en la ladera
y el lustre
de dos nubes
nos mecen:
marionetas
por los ojos
prendadas.

DÍA DE CAMPO

Y la araña cosecha lo que el verano siembra;
la mirada de azoro de los adolescentes
en la linfa dorada de los convalecientes.
Sí, la araña cosecha y el ser humano tiembla.

El otoño descarna en su infiel sumidero
la ciruela que nace entre el iris y el cielo
desvariante de abril. Con puntilla, con celo
el otoño desalma, pudre el abrevadero.

Se desbarata en gajos el bochorno, esa orilla
mustia de telaraña que la piel desconecta
de las puntas del sol, y que la peste infesta
cuando desata el campo su ataúd de varilla.

El ocaso carcome las maderas del día
desmorona en sus hornos incumplido el deseo.
Manoseamos las fotos de algún primer paseo
que el fracaso carcome y que el desgano alivia.

El ser humano tiembla en la vela y acecha,
aceite de la noche, el palpar de un tren:
se resigna a la espera, a la silla, al café,
a ser humano a secas, con memoria y sin fecha.

G Ó T I C A

No descansa el espanto
mientras la casa duerme.
Mis dos hijas respiran
y van cubriendo el cuarto
creciente suavidad
que desbarata el mal.
Afuera imanes, fieras
desandan los relojes.
Yo velo y adivino
los mecanismos de la noche.
Pronostico el acecho.
Recorro las paredes
en busca de grietas
en que temo irrupción.
Sólo un cristal y un ojo
dejo abiertos. Y llueve
la bendición de plata
en alfileres.

F I E B R E

Toda la noche luchamos con tu fiebre, hija...
y no habrá nunca más serio temporal,
azote más turbio y despiadado,
agresión de los aires, del oleaje,
tableteo más demonio sin brida
habrá nunca que drene más la fuerza,
que ponga a prueba tanto la arboladura,
el cráneo, el espontáneo movimiento
del instinto.

Toda la noche hija resistía
el vaivén tu breve cuerpo y doce venas
de veneno colmadas desflemaron
la maldad del meteoro. En tu mirada,
entre pausas, la vehemencia de la luz,
tenaz, en un morse de vida,
de atribulada química, curtía
el cabo tenso de la indignación
y el árbol desorbitado de la adrenalina...

Toda la noche descifrando indicios
del mal humor cobarde de esa bestia,
hasta que el bozo oxigenado de la madrugada
nos durmió sobre maderos, amargos de sudor.
Amanecimos, niña, sobre una playa
de arena de reloj tocada apenas
por los labios insinuados de otro oleaje.
Y en esa calma de milagro
ni una escama, ni un diente roto del espanto
que por la noche degollamos.

LLUVIAS

Miente la claridad del día.
Sus herramientas recortan cubos limpios
y entresacan al aire luminosas espinas.-
Mas las nubes delatan el ánimo de Díos;
se acumulan con fervor y desconocen
con trepidantes grises el barullo
de cristales que asciende desde el suelo.
Baja un sonido de turbinas presagiando
guerra.

Venera y teme al sol la vida vegetal.
Eleva sus verdes velámenes e implora
una ración de fuego. La respuesta es granizo
que acribilla las palmas suplicantes
e instauro su cúpula de miedo.
Sólo unos días después, en pequeños racimos,
lánguidos cantos de reclamo, se abrirán las
setas.

También
sobre la oscura
piel del lago,
la lluvia
al caer
engendra flores,
súbitas,
blancas.

R O S A S

¿Cómo adivino que las viste? ¿Desde dónde
me acerco? ¿Asediarlas acaso, doblarles,
blandecerlas? ¿Dejar hojuelas sueltas o ceñir
en el cristal de plomo su figura? ¿Y el color:
cómo urdir el goteo hasta que el borde vibre?
¿A qué tren de revuelo engarzo la opacidad,
el lustre? ¿Las abro a brasas o las riego?
¿Las acerco a las ubres o a las uvas?
¿Las infesto de sueño, de roya, de altaneros
remilgos? ¿Las remato de seda y las reposo
en el regazo de un platón o les libero
el óxido a morderles, con mis estados de ánimo,
los bordes? ¿Qué pregunta les hago
al bendecirlas? ¿Qué le pido a las plumas
agitadas para que no las destemplan, mustien?
¿Qué murmuro en su oído para que la aspirina
suba, y destelle?

MATEMÁTICA

Bautizar toda la arena de un desierto,
la de todos, y encender en cada grano
el imán de un universo. En el desplome
alado descubrir la forma de las torres (todas),
las montañas, los silencios en órbita,
la sábana indócil de los pliegues
e indecisiones de todo viento y risa,
todo pirú danzante o diadema de espuma...
Rastrear la retirada de las piedras fundidas
sobre la palma de Dios; lienzo cegante
en el que alguno nos ha embalsado a tientas
cuando encontró el dobléz en la palabra uno.

NOCIONES DEL VIENTO

I LENGUA DEL VIENTO

Es un campo invisible de caudalosas líneas.
Fluida seda de araña, sin geometría, dirige,
acomoda, orienta y da lugar y nombra.
Cuando acaricia el viento las superficies hallan
su sentido, su forma, su nitidez; esponjan
un milímetro o dos y una especie de brillo
les perfila y aclara ¡cobran tono las cosas!
La plenitud de su alma hace del viento mina.
La ligereza de actos de su inconsciente de hilos
le hace hilvanar el mundo en un eterno, fino
embobinado nudo en que rumbos, carreras,
campo de espigas, flecos, se hace posible todo
si su vilo acomoda a esas vetas la risa,
a ese capricho de ojos o de dios o de río,
su ligereza de actos, imitación, bautizo.
El viento es el principio y su lascivia el molde.
(Caen de las ramas libres las palabras; poema
que un reflujó de azares con pulcritud ordena.)

2 ATRIBUTOS DEL VIENTO

uno recuerda la frase de su madre
la sensación de un cepillo en la piel
un dibujo
el cuerpo de polvo de los remolinos
el principio de un filme
la fuga de lo invisible entre copos de paja
el poema aterido de la noche de bodas
neurótico golpeo de la puerta sin tranca
el retrato desde un vagón
quebrada caligrafía de las chimeneas
postales de una ciudad
la gimnasia desamparada de las largas palmeras
un aula vacía donde oficia la noche
órgano ateo
la laguna una mañana a los once años
el corazón contento de las telas y velas
y una noche embrutecido a los quince
hienas de callejón que el oído concentra

3 VIENTO EN EL PARQUE

El viento sobre la explanada inmensa del parker's piece
hace vibrar las dóciles agujas de su pasto menudo,
verde, punk, inglés, histerizado...

El viento frío de otoño sobre del parker's piece
orienta en una sola dirección las pecas gris blancuzco,
sólidas, nítidas, de las gaviotas sobre el pasto.

Gotas de parafina dispersas sobre el manto verde
y oprimidas por minúsculos pero agresivos
tentaleantes dedos de escultor.

Gaviotas adormecidas. Breves imanes
hipersensibles a ese inestable, nervioso campo líquido
que fluye por sus entornos definiéndolos;
abriéndose en su pico, cortando
en dos limpios tajos las curvas de su forma,
y cerrándose detrás...

Islas, gotas, las gaviotas de un gris tan denso
que palpita. Son un filo en expansión. Son veleidosas
veletas que se callan lo que la dispersa navaja del hielo
les procura...

El viento de otoño sobre del parker's piece deforma
—matemático— la esfera de mi grito mental en un óvalo
traslúcido y caído, que se expande y disuelve
como un huevo de punta al suroeste.

El viento y las gaviotas y mi grito sobre el verde \mathcal{V}
nervioso de este parker's piece... y no se arrastran
hojas sino pensamientos como llenando de abstracciones
este parque, de nostalgia de sol donde no hay árboles,
sino albúmina y pereza entre los rostros que una luz
difuminada sorprende, borra... dejándonos gaviotas
contra viento.

4 PUEBLO CON VIENTO

En un petrolero anclado trescientos kilómetros al norte-noreste de la plaza, desciende una columna de mercurio. Doscientos kilómetros al sur, otra columna sube, restableciendo un equilibrio imperceptible. Es la señal. Y se entusiasman las manadas de la transparencia. Las hordas ebulLEN del espíritu y desencadenan su bailarina inmensurable... Se desenrrollan, corren, corren y se desbocan los plumajes de la atmósfera. Entran a tierra arrebatando láminas, madera, diseminando gotas, sílice, semillas, óxido y efervescencia; mezclando telarañas, luces, gritos doblados, fibras en un sinuoso silbido... y en corrientes de indecisión, en rizos exploradores confundíéndolos: un escuadrón de lianas transparentes que arrasa, que ata, que aligera, que asusta a los descalzos mangles, que despierta a las adormideras, que roba papalotes, que sorprende a la mujer adúltera fuera de casa (le arranca de un tajo las cortinas, le desperdiga el tendedero), que tira al panadero del caballo, al viejo pescador de su pequeño bote y al albañil Jacinto del entarimado, corta la siesta de seis ancianos del asilo. "Vienes del mar y hueles a salmuera, viento", piensa decir el moribundo, pero calla.

5 VIENTO CON ÁRBOLES

Si el viento peina a los árboles (robustos,
de treinta metros) no es para despojarlos de las hojas,
sino tal vez para sonar, para sentirse al resonar,
hacerse ser más, ser coro al traducirse, como el mar
que se avienta a ser cuando revienta
contra las rocas acantiladas, no para
limpiarlas o allanarlas, pulverizarlas...
sino para hacerse presencia al estallar,
al escucharse, hacer de su esencia
destilada un ruido que trasciende
la cárcel silente de su peso y rebasa las rocas, vuela.
Si son los árboles los que peinan el viento,
doblándose flexibles, contoneándose,
no es para relajar, rascar su espalda fluida,
de hilos, sino para imitar, mimar,
dinamizar, los movimientos del placer...
¿Quién hace? ¿Quién recibe? ¿Quién acaricia a quién?
¿Quién goza o sufre con la trepidación?
¿Quién en la tensa escala intermitente
mueve los músculos, solfea?
¿Quién en la trabazón embiste y quién resiste?
¿Quién se apasiona y grita? ¿Quién aprieta mandíbulas y reza?
¿Los árboles compiten o se alían? ¿Meten los codos
para ganar la desbocada gasa de esos dedos...
o tersos entre temores se agazapan?
¿Abren sus brazopiernas y se entregan solos

en el fondo de un pozo de silencio?

¿O se escuchan... se escuchan, traman un coro, se contestan? ¿Es todo sólo una danza escabullente, riente, azarosa confluencia de arquitecturas ásperas y rebosantes, de alas atadas contra cuerpos descontentidos, sueltos?

Cada hoja, cada rama, cada varilla sola enfrenta la multitud del viento. Sólo el linaje, línea, atado umbilical que les produjo y conectó tiene piedad de su agonía.

Red de tensión que les ayuda a orientarse, a resistir el embate desollador de los fantasmas, sus hordas de filos invisibles...

...y el ruido, ay, el sonido del fragor. Transparente, aventada flama contra ciega corteza. La lija líquida sobre la lija sólida. Silbidos sueltos (víboras) que son chispas de pedernal, de hachazo y ablación. Chisguetes sonoros de sangre o música de fin de mundo. Quejidos de multitud bajo exterminio orquestados por una sábana estadística... Y el antirrítmico vaivén, perlado, de las ráfagas que un director de atmósfera conduce, ignorante del dolor que sus vaharadas causan sobre esa alfombra, sobre ese bozo vegetal.

FIGURACIÓN DEL MAR

1

Un niño
asiste la ceremonia del mar
lo mece su avidéz
es su aliento el espanto
por los poros de su cuerpo
el fermento se adentra
su caricia de tumba lo enaltece
como una hembra de humus
un niño
asiste la ceremonia del mal

*Voces como pedrusco poroso
Cardos los ecos que en su vuelco
De ave deforme ya levantan
El árbol de su primera sangre.*

2

Por la tarde camina hacia la playa bajo un calor que lo arrulla y por el lío de las aceras fisuradas. Adormecido cruza lotes en que selvas heridas se insinúan y llega al fin al río (embestida, sexo de seda de la muerte; avaro prisma que atenúa la luz y la memoria...) Es el vapor fantasma que lo roza, el ramaje de almendro que le lleva las notas, la espaciosa bocanada de su hueledenoche. Es la barca que al irse le sorprende una risa, el veinte que le hierde para mostrarle el cobre. Es la pila de escombros tras las ostionerías y el arillo oxidado de una proa de astillas.

3

Muelle tropel sobre franela y ocio,
desordenada estrella, rota pluma
que un cilindro de sol radiografía:
dinámica de esporas, filamentos
que en riego desigual te mesmerizan.

El delirio es browniano e indeciso
se enreda en los vapores de la tarde...

*...es el océano en coro que te acopla
a su denso cuerpo asido a la tiniebla
del universo; a su riel delicado;
a su bailable de fugaces elementos,
cadera de agua, mano de ceniza,
aletas súbitas, campanas
del agua densa en lagos de cristal;
su látigo de joya en la escollera,
lenguas que abren arena como sables;
su hervidero de soles, la marisma...*

4

Ola tras ola el tiempo es daño.

Humedece tu sien esa violencia
de la escollera contra la marea.

Arma blanca es el sol sobre la piel del fruto.

Y el horizonte un canto

por donde el cielo umbroso se derrama.

Una queja imprecisa te despierta.
Entre las ondas de seda de los estandartes,
y las paredes traslúcidas de este cuartel
distingues tres débiles estrellas. Pasos.
Qué noche es ésta. A qué circuitos,
a qué ásperas orillas te conduce su cauce.

“He de morir.

Esta vida que late en mí
y este desdoblamiento helado
que ahora me despiertan
tienen un gusto a nada.

Pienso en mi madre muerta
y se desliza por el tiempo
la brisa tenue de sus actos.

(Llama su voz al oscurecer
y echo al bolsillo los guijarros;
por un instante distingo, al regresar,
su perfil en el marco de la puerta.)

El goteo de mi sudor,
las hordas de silencio entre mis respiraciones,
son la cosecha de mi vida.”

Cien mil hombres descansan
en esta playa en espera de lo incierto;
de un sordo grito y su dolor,
de una noche esplendente de vino y telas rotas.
El miedo cobra forma; la inteligencia
aterradora de los generales
echa raíces en los rostros.

6

El sol hace del mar una bruñida
lámina en la que se contempla:
plata resbaladiza a la que martillea
hasta hacerla una máscara que vibra...
Pero de noche es mar el mar.
Cuando oculta su rostro nos enfrenta
la pasmada agonía de la espesura,
el cuerpo desplomado de su prisión terrena.
Nos enfrenta el terror
abatido, sinuoso de su circulación,
el frío y la cal de sus lentos espasmos,
el odio rancio, rumoroso, de sus sueños caídos.
Sólo de noche es mar el mal.

7

Este cuerpo es uno más en el olvidadero;
platos semivacíos y huesos mordisqueados
bajo lonas preñadas por la brisa.
Ya moribundo, el sol prende alfileres
sobre restos de vino, escamas secas
y filos de metales carcomidos.
Vocerio lejano el de los mercenarios.
Un minucioso embate que avanza palmo a palmo.
Los músculos que se entumescen...

8

Truena el mar. Callan las aves.
Frente a un telón de sombra
electrizado va la luna
(sin nubes, sin relámpagos).
Resbala la oscuridad hasta estallar
en látigos de seda y de mercurio
a los pies del que avanza.
Truena el mar... *ruinosa tinta.*

LAS PASIONES DEL ALMA

I N T E M P E R I E

Avanzo muy despacio para no fracturar el aliento en que navegas.
Los párpados me pesan como esponjas preñadas.
Una lámina densa, ondulante, juega a viciar el aire que te cubre.

Ya puedo presentir esa nítida sonrisa que te precede
(albahaca, germen), menudos pasos en la arena,
falda al viento, de un lino blanco casi transparente.

Oigo tu voz que acecha, que se tiende
como un mantel sin bordes sobre las superficies;
frágil cutícula de espuma que desfonda la luz

y deja sólo fugaces trazos
de una mañana azul, de insectos,
en el país de la ebriedad y del arrullo.

Oigo al fin el rumor de tu vestido sobre tus tensos muslos.
Tus dedos esquivos como peces,
el moroso vaivén de tu respiración.

Ahora la sal del mundo se concentra
en el abismo abierto entre nosotros;
una libélula blanca se congela entre tus ojos y los míos.

Y la cascada cae con los despojos de la ausencia,
con las querellas cae, los paños tersos,
el verde cae de un tulipán en tu regazo tímido,

cae la niñez que recuerdas como una religión,
y el anhelo aterrador de que incorporases
mi nombre a tus conjuros;

que me llamaras como a un hijo perdido
en la tormenta, entre columnas que sepultan
las historias; que un día me llamaras.

Que pudiera escucharte y acudiera.

E S G U I N C E

El sol estalla,
las plumas de la tarde
sostienen en un soplo sus astillas
(tu lecho y tú a la deriva).

Como un abanico al recogerse
tu mirada fabrica un horizonte,
incendio de radiolarios y de espuma
(tu voz es un paño tibio que me envuelve).

"Ven —me dices— esperemos;
desde esta triste esquina
se puede ver a Dios pasar sus dedos
empapados de un azul brillante y sordo
para cubrir de dolor nuestra ventana."

Cuando despierto te has marchado.
De lo más hondo de la noche se desprende
una cruda llovizna...
Mi grito se estanca en un gemido.

S U L L E G A D A

La luz entra con ella en la mañana
a despeñar las dóciles obleas
del cielo raso sobre una taza de café:
del amarillo célibe y civil
al ocre tembloroso de los pinos
y los ajos trenzados. Ella llega
y el bosque de las cosas se estremece.
Pasa la cinta lis de su perfil
deshebrando la atmósfera.
En su mirada la más lúcida magnesia.
Ella entra con la luz por la mañana
y desata los pájaros. Se arrellana
en su sillón: se lava el mundo.

RETRATO

Escrupulosa,
me esperas a la mesa en la mañana.
Es jueves otra vez.
En tu rostro se nutre un sople dulce.
Limaduras de tiempo simulan un filo
luminoso en tu cabello.
Todo se posa liso y contundente
en un retrato.
Las blancas manos sobre tu regazo
se consumen como dos pensamientos.
La luz (¿cómo nombrar así algo tan duro?)
nos deja mudos, quietos;
inmortales cicatrices en el lienzo del cuarto.
Es jueves otra vez.
No regresa el manantial a tu mirada azul.
El viento nos olvida.

MARÍA ANTONIETA

Si tenemos trescientos conocidos
y en cada uno de ellos vive una imagen tuya,
desenfocada, turbia. Si en el espacio
de tu cuerpo confluyen mallas
que no pueden caber en cinco sílabas.
Si asfixiado te nombro entre mis temores
y busco acomodar (como lo hago conmigo)
la parte de ti que mejor se avenga con el pliegue.
Si no basta con decir tibieza para que aparezcas,
ni buscarte en el aroma de una blusa abandonada.
Si nada basta sino el vasto nado, el ahogo
brutal en este océano que siempre se derrama,
como una noche sin fin, como mi suerte...

¿Qué se suspende entonces cuando digo tu nombre?
Si lo repito lento hasta vaciarme.

M A L T R A T O

No hay fuerza real en la cadencia que somos.
El masculino vaivén de nuestra vociferación
quizá limpia de maleza la parcela.
Tú depositas la semilla y vigilas el crecimiento.
La flor entre la maleza ¿es menos
o es más hermosa?

Tu piel escancia la llovizna;
separa y entreteje las líneas del poema.
Nuestros brazos maduros insulsamente se broncean.

Somos la letanía de la razón
y el torbellino alado de la crueldad.
Hay belleza tal vez en nuestra imperturbable
orfandad, en la química que nos guía
dócil y firmemente por los senderos
del despotismo y el hastío.

Tu viaje mujer puede ignorarnos; proseguir
sobre el cristal sin orilla de su música serena.
Haz no obstante, esta vez, una concesión:
imagina que no te hemos herido,
que hemos sabido ser espejo para tu audacia
y tu bondad.

PASEOS

La lectura de Hume
pone sombrero a mis mañanas,
pirámides de sol en el enrame
cargado de sombras de este parque.

(Sabían ya tus besos
al recuerdo de tus besos.
Se insinuaba en su licor
el aliento y la cesura
de estos paseos a solas:
Las campanadas, el sermón
reminiscente del anís.
Tus inválidos retornos en el viento.)

La sonrisa de Hume
sobre el estanque inmóvil,
lentas migraciones de la veta gris
tras el lustre sin mácula,
tibia porción de cielo que desgasta infinitos
por la meseta cautiva de un féretro que fluye.
El reflejo de tu adiós y la mirada
que devoró la luz.

Queda sólo la errancia entre las brumas
fósiles de tu pasaje
por el ámbito de este callado cuadro.
El abandono al acero de Hume.

V O C E S

La palabra calandria
es la naranja
que imanta con sus telas
traslúcidas el aire
de la mañana ociosa
en que me enamoraste.

La frase te recuerdo
alada es una ola
que se acaricia el vientre
sobre la inmensa espalda
de nuestra ceremonia.

Un vocerío es la arena de
apenas si te siento,
tu mirada es agua,
remolinos.

Bullen todos los dioses
que hilvanamos
a las cosas más simples
—el borde seco del café,
la desgastada esquina
de los ademanes—
en esa fiebre atigrada,
desigual del silencio,
pedestales de mármol.

Decantadas sean
nuestras oraciones,
que sepan deslizarse
en el pequeño abismo
que abre una mosca al caer.
Plácida sea tu voz
cuando repita en la penumbra
ya no he de verte más.
Y espero una hornacina
tibia de recuerdos,
sin trenes concéntricos de duelo.

ALIMENTOS Y EXCRECIONES

RUMBO A ALVARADO

Comimos a orillas
de la carretera.

Desde la ardiente
silla de lámina
sobre dos
largas,
extendidas
piernas
tus medias
escurrían.

Yo miraba
una mosca
ir y venir
a un pedacito
de carne
en el mantel,

y de reajo,
atribulado,
la valenciana
descosida
de tus shorts.

VIRGEN

Mis manos: dos témpanos
que cuentan los asnos
sudorosos de mi deseo.
Y ella ¡la de los húmeros encantados!
se pasea rodeada de soldados
que siembran crucifijos
y derriten mis miembros.

PRIMAVERA

Hay una primavera
que corre por los cables,
que irrumpe en mi cuarto
y electriza
los metales del aire.
Me echa a andar las aceras,
enfermo y soberano
en la voluminosa oscuridad.
Se abren lianas de luz
que anidan en el plácido
derrumbe del polvo.
Hay desazón en la ciudad;
secreta alianza de las sombras
que me luyen
como un mal alimento.
Desprendimientos
de terrosa suavidad
en la urna del cielo.
Niebla en la niebla,
espasmo en el espasmo.
Remolino difuso
en el que yo y las calles
permanecemos quietos.
Hay un nombre de yerba
bajo mi paladar;

hembra dormida cuyas venas,
vestido, artificio, arrogancia
se condensan en árboles.
El miedo me enceguece,
me siega, me arrodilla.
Por el circo de vasos
siembran cobre y arena
los insectos. Hay flamas,
roces de hielo entretejido
y sales...
Simulacro de mármol
o de tierra llovida,
el deseo:
vínculo solo de mi desmesura.

Abro la boca a un foso
de silencio,
a un abismo de espuma
y sedimento.
La vocal se desprende,
flota:
algo que asiente me conduce
hacia la sombra.

...the spirit of the medicine becomes much more unfolded, developed, and rendered much more penetrating in its action.

Samuel Hahnemann

H O M E O P A T Í A

7

Separa del amor
su más ligera parte,
lo que flota
sobre el reguero
de las aspiraciones,
en el linde del cuello;
toma y decántalo
por milímetros
de superficie tibia,
y deposítalo en el vientre
hondo y oscuro de un mortero,
y con el puño mézclalo,
muele y revuelve y muele
hasta que el sol de su candor
escape (esporación, aurora)
y fluya abierta, desplegada
su intimidad de sedimentos,
y afloje su olor de mar.

De la cortina de voz que le contiene
saldrán sus pétalos, sus dientecllos:
flor de desierto, caimán, tinta en el agua,
virus... ¡muelelo más y aún más!
sin acordarte de lo que hirió
ese amor, sin darle nombres
a los reflejos encrespados

ni a los gritos que de ahí brotarán,
sin dialogar, sin ver siquiera,
como un torturador acábalo...

Entretejido en el desmayo, al fondo
encontrarás su estrella: un moho
desflogistado de aire,
un gris micelio de silencio.
Lleva una pizca a tu palma
y agítala en el puño hasta que sientas
la mordedura sobre las líneas de tu vida,
y entonces, y sólo entonces,
abre la reja, déjalo volar.

No habrá ya olvido:
pues en el humo y la ceniza,
en cada celda enferma o sana,
alterada o en calma cada racha,
en su vapor, su nieve, en la halitosis
de la ciudad y en el envión que un día
la destemple con su labio de hielo
habrá la huella, el hueco
mudo, tenue y mortal
de la existencia
de ese *ambos*.

FRÁGIL

Nos quedamos tan callados,
se soltaron nuestros dedos,
en nuestras muecas de adobe
quebrado la decisión.

Entre ambos sobre la mesa
adornos rotos, destellos
y por la alfombra desechos
del ángel, su costillar.

Dos cuevas con las espaldas
abrimos al alejarnos.
Grano seco el de tus labios
Grava el ruego de los míos.

SALITRE

Lo que escurre del canto
en la quietud. Espesa baba
que se seca en la hostia
porosa de la pelvis. Brote
de grumo, cáncer que dibuja
tubérculos en el rincón
sin luz ni veladora.
Esclerótica roca (aljez)
dormida en la corriente
del tiempo que la roe:
anemia, desdoro vampiro
en que el olvido (moho tenaz)
asciende por tendones y alveolos
rígidos de lo que no respira
hace ya tanto, ni sueña ya...
Es lo que ocurre al alma
frente al tiempo: trozo de tiza
deleznable que se mancha
y pulveriza ante la indiferencia
del inquilino ciego.

MOLDE INTERIOR

un caballo negro en la oscuridad
ojo de agua en que nervios
plata delgada labran cuencas
de sílice coral
o delta que derrama negrura
en el vaso invertido de la noche
carne que vibra
y tinta que combate
con la fuga de lirios
de la luna

un caballo negro colma la oscuridad
(le da forma : la deforma)
puño en el silo rebosante
semilla en el puño amartillado
tenso mercurio
espasmo que penetra
es penetrado

un caballo negro drena la oscuridad
ojos : orificios

TRÓPICOS

La noche es sogá, hueso que se disuelve, tiza.
El estupor un árbol que avanza ramas en la noche.
El caminante efluvio entre las sombras.
Procesión de varetas sobre la inmensa tachadura
de la noche: la maleza en la brisa...
En polvo fértil se desperdiga el caminante.
Queda su sangre, lodo, coral de bruma
donde un reptil gobierna y se condensan,
como setas turgentes, los deseos.

El aguijón... el lento
oceánico aguijón: hila
saliva borda y se deshace
en una flor de cielo...
no tiene copa ni raíz
sólo ramales persuasivos
de ásperas arcillas
óleo espiral de rama y baile
brote tierno de helecho
cerámica que alumbra con su trama
las sábanas de la memoria.

Voces de loro en la llovizna deliberan
mientras dormito en un cayuco anclado.
La tarde es légamo, lientera...
Roza mi mano el limo sobre un tronco vencido;
y sólo quiero respirar, sudar, morirme ahora.

F U G A Z

Cordel de sueño
acometido
por el diáfano dolor
que germina en la ausencia
la bailarina niña
tensa los brazos
gira y se retuerce
apagándose
como un cerillo
a la intemperie.

*Like convalescents intimate and gauche,
We speak through sickly smiles and warn
With the stubborn saw of common sense...*

Karl Shapiro

S E P T I E M B R E

Una animal que jadea
la ciudad, con grava
herida a muerte,
intoxicada en polvo.
El aire un sucio objeto
que al susurrar movemos.

Entre paredes rotas,
con los labios terrosos,
hablamos para nublar el eco
del minuto en que el cemento
dejó a sus sardos sueltos
sobre de nuestra carne.

Hablamos bajo los quicios, ⁷
al pasar la cubeta y verter agua
opaca sobre la piel molida.
Es un espantapájaros
el esqueleto a voces
de nuestro sentido común.

Sacamos dagas
de las putas piedras
y vendas de las banderas
rotas... para nada:
la ciudad es una perra gris
acorrada, insomne,
que anhela un mal rincón
donde tumbarse.

D Í S T I C O S D E R E S A C A

Entre temores y sombra
desnudo, sobre la alfombra,

hoy despierto sin saber
qué arrastra el amanecer.

¡Buenos días! está presa
de culpa y dolor la cabeza;

del recuerdo de tu prisa
ante el brete de mi risa.

Vi tu tobillo y tu falda
y luego nomás tu espalda.

Entre el dolor y el asombro
lento la memoria escombros.

No sé si fue de a de veras
nuestro duelo de caderas,

si bailaste entusiasmada
al ritmo de mis palmadas,

y si al final un intenso
rencor me dejó en silencio.

Vino rancio y ansiedad
corroen mi paladar.

Abro los ojos, los cierro
duele la luz; la destierro.

Hundo la cara en un lío
de almohada y avisperío.

Zumban pedazos de noche,
fiesta, pasillos, un coche,

dos miligramos que inyecto
bajo mi piel, y el insecto

que entre la luz y la sombra
devora lo que se nombra.

Nunca trae la desbandada
a la misma madrugada.

Misma pared, mismo espejo,
otra la sed y el reflejo.

Cambia la vida, transmuta,
se pudre como la fruta.

Mezcla de bruma y humores
descompone los colores.

Entre derrumbe y escombros
se muele lo que no nombro.

¡Malos días!, grita el cráneo
contra el insulto espontáneo

de la luz y del gentío
ruidoso, atareado, frío.

Cubro mi sien con los dedos
y dejo que los enredos

de tu vida y de la mía
vacilen por la parrilla

que hacen persianas y sol,
polvo indeciso y alcohol.

Contra el plomo de mi brazos
trato de seguir los trazos,

la intriga que de la aurora
nos trajo a la abrumadora

muerte por falta de voz,
ese mecanismo atroz

de gestos leves de huida
que descompone la vida.

Tras el temblor de mis manos
se borra lo que planeamos.

Afganistán: la alcancía
del deseo se vacía

y las termitas carcomen
tu sexo, tu piel, tu abdomen.

Queda un hueco que no nombro
de desaliento y asombro.

Me acerco hacia la ventana:
comienza en la calle el drama

de rondas. La tolvanera
rebosa nuestra pecera.

Maraña de grito y gesto
vaiviene lo que detesto.

Taxis, cláxones y cables,
vendedores indeseables.

Cotidianas, mil historias
son purga de la memoria.

De un tinaco a una pared
tiende ropa una mujer.

Su mecánico descuido
habla de un cuerpo molido.

La ropa bajo la línea
de un hombre gordo y tres niñas.

Algo de mi madre queda,
se gasta en esa azotea.

Tratamos a las mujeres
como cojín de alfileres.

Mi padre lo hizo y mi abuelo.
Yo por evitar el duelo,

el dolor, el precipicio,
lo hice desde el inicio.

Sobre los techos un gis
suelta su pelusa gris,

y un humor turbio es acedo
presagio del aguacero.

Busco un vaso y una silla,
la gracia de una pastilla,

y algo como una enorme
mentira en que se deforme

en que se hunda y se pierda
esta mañana de mierda.

Entre paredes y alfombra
traiciones que nadie nombra.

No sé limpiar los matices
de esta alma que se desdice

y menos con tanta lluvia
que por adentro la enturbia.

Mujer lo que sucedió
no lo remedia ni Dios.

DEDICATORIAS Y AGRADECIMIENTOS

Un buen número de los poemas de este libro lleva dedicatoria. Ellas no son parte de los poemas (como son los epigramas) sino rasgos, cicatrices personales de su historia. Decidí por ello no estorbar la lectura y agruparlas mejor aquí, para dejar constancia de que mi escritura, como la de muchos, obedece a afectos: "Hermana" es para Geña; "Domingo" para mi abuelo Carlos F. López y para mi padre Carlos López Mora; "Amigos" es para Luis y Francisco Caridad y otros amigos de entonces; "Para banda y tormenta" es para Lucy Cruz y mi generación de amigos biólogos; "Memoria" es para Alicia García Bergua; "Tolvanera" para Manuel Andrade, "El faro" para Pedro Serrano y Francisco Segovia; "Matemática" para Alejandro Quevedo; "Nociones del viento" para Benjamín Macías y Bárbara Bodenhorn; "Figuración del mar" para Jorge Aguilar Mora. La sección entera de "Las pasiones del alma" está dedicada a María Antonieta Ricoy. "Trópicos" es para José Luis Rivas. "Homeopatía" es por la ausencia triste de Carmen Torres Nieves.

Quiero además agradecer aquí a quienes en estos años me ayudaron a mejorar un poco en este oficio de escribir poemas, leyendo y criticando generosamente lo que les mostraba: Manuel Andrade, Sergio Negrete, Alicia García Bergua, Carlos Mapes, Jorge Aguilar Mora, Andrés Ordóñez, José Luis Rivas, Pedro Serrano, Francisco Segovia, Carlos Chimal, Fabio Morábito, Antonio Deltoro, Tedi López Mills, Carmen Leñero, Rosa Beltrán, Eduardo Hurtado, Ena Lastra, Gastón A. Martínez, Evodio Escalante, Jesús Muñoz Torres, Leonardo Dasso, María Tello, Juan Carlos Mena, Déborah Holtz, Benjamín Macías. La tertulia del Konditori ha sido en los últimos tiempos una amable intemperie para algunos de estos textos. Gracias también a los editores de las revistas *La Gaceta del FCE*, *Cartapacios*, *La Mesa Llena*, *Prenci*, *La Jornada Semanal*, *Los Universitarios*, *El Semanario de Novedades* y *Agua que Pasa*, por haber publicado algunos de los poemas que aquí reúno.